

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

# **Menemismo: ni traición, ni transformismo (1988- 1990).**

Suárez, Fernando Manuel.

Cita:

Suárez, Fernando Manuel (2009). *Menemismo: ni traición, ni transformismo (1988- 1990)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1034>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## *“Menemismo: ni traición, ni transformismo (1988-1990).”*

Suárez, Fernando Manuel

Transformismo político, democracia delegativa, neopopulismo, peronismo neoliberal, fueron algunas de las categorías y denominaciones que intentaron explicar esta nueva tendencia que, encabezada por Menem, empieza a hegemonizar la política argentina a fines de la década de 1980. Nuestro objetivo se centrará en rever estas categorías en confrontación con los testimonios del propio Menem en su plataforma electoral y sus discursos posteriores durante su primer año de gobierno, apuntando sobre todo a matizar las ideas rígidas de traición o transformismo. Nuestra hipótesis gira en torno a demostrar que el discurso, así como la praxis menemista, no sufrió un viraje tan radical como algunos autores sugieren. La preexistencia de elementos de la retórica neoliberal en su discurso, así como rasgos propiamente peronistas en sus métodos políticos nos permitirán forjar distintos argumentos para matizar algunas de estas ideas.

Desde su victoria en los comicios internos que definía la fórmula presidencial del Partido Justicialista el 9 de julio de 1988, Carlos Menem se consolida como una figura controvertida y hasta incómoda, tanto para sus pares políticos como para los periodistas e intelectuales que veían con desconfianza su creciente relevancia política. El meteórico ascenso desde la modesta provincia de La Rioja, que había gobernado en dos períodos, era un hecho inédito para la política nacional.

Lo particular de su estilo y sus métodos contrastaban con los de algunos de sus circunstanciales aliados y rivales que provenían de arenas más metropolitanas de la política argentina. La victoria de Menem chocó de frente con la fuerte impronta modernista y democrática que habían intentado inyectar al andamiaje político, y les propinó un duro golpe. Su victoria definitiva en las elecciones presidenciales del 14 de mayo de 1989 terminó de modificar el mapa político. En menos de un año Carlos Menem se convirtió en la figura más relevante de la política argentina.

Tras una clara victoria, Menem asumió el gobierno con anticipación, que dejaba Raúl Alfonsín, inmerso en una dura crisis económica. En ese marco desnudó una estrategia política que, en apariencia, contravenía, en cuanto a sus propuestas y aliados, a la tradición peronista de la que él teóricamente provenía. Sumado al hiperpragmatismo y el marcado personalismo del que Menem hacía gala, hizo que los

estudiosos, en particular peronistas, renovar la atención en este peculiar gobernante y sus prácticas.

### **Introducción: emergencia del menemismo (1988-1990)**

Entre el 9 de julio de 1988 y el 14 de mayo de 1989 se termina de consolidar la figura más relevante de la política argentina durante la década de los noventa, Carlos Saúl Menem. A pesar de haber sido electo gobernador de la provincia de La Rioja en dos oportunidades (1973- 1976 y 1983-1989), resultaba un hecho inédito para la democracia nacida con la Ley Sáenz Peña que una figura del interior del país llegara a posiciones tan relevantes en la política nacional<sup>1</sup>. Incluso dentro del Partido Justicialista (PJ) había vencido a Antonio Caffero, otrora gobernador de la provincia de Buenos Aires y presidente del PJ, quien teóricamente contaba con el peso de la estructura del partido, en las primeras elecciones internas y directas de las historia del partido para dirimir la candidatura presidencial. El estilo por demás peculiar del candidato riojano y su meteórico ascenso llamaron rápidamente la atención a distintos testigos de la época.

En este trabajo buscaremos repasar brevemente el ascenso de Carlos Menem, primero dentro del PJ y más tarde hasta la presidencia de la Nación, prestando particular atención al período que va desde 1988 hasta 1990, revisando sus principales líneas discursivas, sus actitudes prácticas y sus alianzas estratégicas. Más tarde veremos algunas interpretaciones que se han hecho en torno a esa trayectoria, explicando la consolidación de una tendencia política denominada como menemista, sus diferencias/similitudes con el peronismo, el apoyo electoral y la consolidación del sistema democrático, y las características del liderazgo personalista que estableció. Intentaremos revisar las ideas en torno al viraje político-ideológico de Menem. O, en todo caso, si éste fue tan temerario como algunos han supuesto, desde la “revolución

---

<sup>1</sup> A pesar del celebrado federalismo del sistema político argentino sólo 9 de los 26 presidentes, electos o no, provenían de provincias del interior, desde que se instaurase la ley de sufragio secreto y obligatorio. Entre los vice esa correlación se equipara dando un total de 10 sobre 16. Del total de los presidentes elegidos democráticamente la relación es de 3 sobre 9, incluyendo aquellas elecciones viciadas por fraude, en caso de no incluirlas la proporción es de 2 sobre 7 en similar correspondencia. Asimismo, la mayoría de los hombres del interior provenían de provincias litoraleñas (Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes) o de Córdoba, con las únicas excepciones de los gobernantes de facto Levingston (San Luis) y Rawson (Santiago del Estero), y los vice- presidentes ungidos Castillo (Salta) e Isabel Martínez de Perón (La Rioja). Esto es relevante porque ninguno de ellos contaba con antecedentes de trayectoria política en sus respectivas provincias. En el período previo a la Ley el sistema poseía rasgos con tendencias más federales, pero más restrictivas desde el punto de vista electoral.

productiva” y el “salariazó”, columna vertebral de su plataforma presidencial, hasta la “convertibilidad” y el “uno a uno, pasando por la “reforma del Estado” y las privatizaciones. Poco tardó, aparentemente, en transformar su estilo y discurso populista, categoría fuertemente discutida, en uno de tintes marcadamente neoliberales, contraviniendo una tradición peronista que, según este criterio, seguía incommovible. Nuestra intención es discutir y matizar algunas de estas interpretaciones, siguiendo un segmento breve del derrotero político de Carlos Menem, pero no por ello menos relevante, si se tiene en cuenta que es en aquel período que se reconoce como aquel en el cual se efectuó esta extraordinaria transfiguración. En ese camino las preguntas son muchas, ¿Puede ser considerado Menem un traidor a su discurso, al PJ o a sus votantes?<sup>2</sup> ¿Existen identidades políticas tan rígidas plausibles de ser presas de una traición por parte de un líder converso? ¿Cómo se rearticula el electorado en caso de existir ese divorcio programático y una fractura crítica en la relación de representación? Queda pendiente en este esbozo parcial una discusión conceptual profunda, que se irá filtrando necesariamente en nuestro análisis, y que se desprende de los distintos diagnósticos críticos que se dieron para intentar entender este fenómeno político argentino.

El crecimiento de su trayectoria tuvo menos que ver con su pretendida inserción en la política nacional como un “outsider” (Wehner, 2004), cuestión que ya ha sido rebatida (Novaro, 1994), que con lo exitosa y efectiva que fue su estrategia para convertirse en una figura reconocida por todos, infiltrándose en medio de la álgida disputa que embargó al peronismo durante gran parte de la década de 1980<sup>3</sup>. Menem fue un protagonista activo de todo el proceso político que atravesó al PJ desde el retorno democrático, e incluso antes, tomando posiciones de lo más diversas. En el marco de la renovación del partido es que se forja el liderazgo nacional de Carlos Menem, primero en colaboración y luego en oposición al de Antonio Cafiero, apelando a una serie de recursos afines a la tradición peronista, pero en un sentido que, en palabras de sus opositores, resultaba superficial y hasta maniqueo. Su discurso previo al ejercicio de la presidencia lo figuró en ocasiones como una persona ajena a la política, al menos la vinculada a las provincias centrales, y como un restaurador de los valores peronistas que

---

<sup>2</sup> Gervasoni (1998:4), en un análisis de tipo electoral, explica que: “de cuatro indicadores, dos sugieren que las políticas ortodoxas conducen a mejores resultados electorales para el oficialismo, dos indican que el tipo de política económica no afecta la declinación electoral, y ninguno muestra, como esperaban las teorías tradicionales, que la ortodoxia económica conduce al castigo electoral de sus impulsores.”

<sup>3</sup> Para analizar dicho proceso, que excede la pertinencia de este trabajo, ver Ivancich (2004), Gutiérrez (1988), Ferrari (2007) y Levitsky (2005), entre otros autores.

la renovación - de la que había participado activamente - había fraguado (Altamirano, 2004)<sup>4</sup>.

Las posiciones que fue tomando a lo largo de la década de 1980, período en el que fue confirmándose como un político de fuste, tuvieron el tinte más diverso, ya quiera ser visto esto desde una perspectiva ideológica, política o en sus prácticas. El grado de versatilidad y contradicción que guardó su discurso fue asombroso. Sin embargo conservaba una gran coherencia, fundamentado en el pragmatismo elemental en que se embanderó<sup>5</sup>. Había mostrado ser rápido de reflejos: ni bien el PJ fue derrotado en 1983 salió por los medios aclamando a los cuatro vientos que era necesaria e inevitable una renovación del peronismo. En poco tiempo había pasado de ser un verticalista<sup>6</sup>, “al borde del ostracismo” (Ivancich. 2004), a candidato a gobernador por la Rioja, en connivencia pasiva con el sector ortodoxo hegemónico, para finalmente sumarse al tren renovador (Gutiérrez, 1988:13). Desde un principio Menem se mostró como un político cuya principal virtud era la de auto-conformarse como figura política, adquiriendo rápidamente notoriedad pública (Grossi y Cavarozzi, 1991:33), sin que sus erráticas y contradictorias intervenciones públicas parecieran perjudicarlo. La centralidad del discurso desplazada por la del gesto (Landi y Cavarozzi, 1991) y una estrategia de tipo evangelizadora más que política, de cercanía a los ciudadanos (Novaro, 1994; Catterberg y Braun, 1989; Nun, 1995), terminaron por definir el perfil que Menem mostraría en campaña, y que le terminaría resultando a la postre completamente exitoso.

Pasado el tiempo, a pesar de que esto exceda la periodización planteada para este trabajo - fijada entre 1988 y 1990 - , Menem se convirtió en el primer presidente

---

<sup>4</sup> Carlos Grosso explica que el PJ se vio obligado a adaptarse a una matriz democrática de cariz netamente radical, y en ese sentido se orientó la renovación (Entrevista a Carlos Grosso, 10/07/2007, Red de Archivos Orales (RAO)). "La hegemonía cultural radical no lleva a recusarla o a desnudarla sino a asumirla, lo que somete a los renovadores a sus principios discursivos y hasta su estética." (Wainfeld, M., “¿Patoruzú le ganó a Isidoro?”. En: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, pág. 21).

<sup>5</sup> “Seremos pragmáticos, sin hacer del pragmatismo una ideología. Seremos prácticos sin hacer del realismo un dogma.” (Menem, C., Mensaje a la Asamblea Legislativa, 08/07/1989. En: Menem, C., *La esperanza y la acción*, Emecé, Bs. As., 1990.)

<sup>6</sup> “Si aceptamos la imposición de rótulos, es evidente que soy un verticalista. El verticalismo es un estilo político impuesto por el general Perón, que significa ortodoxia en cuanto a la doctrina y disciplina en el acatamiento de las autoridades legítimamente constituidas. Con esto descalificamos a quienes nos llaman obsecuentes. El verticalismo es simplemente acatamiento a la doctrina y a las autoridades constituidas del movimiento.” (Entrevista a Carlos Saúl Menem. En: Revista Extra, Año XVIII, N° 208, Octubre 1982, [http://www.bernardoneustadt.org/contenido\\_432.htm](http://www.bernardoneustadt.org/contenido_432.htm)). Se pueden identificar tres líneas en el peronismo de la inmediata post-dictadura: los verticalistas, entre los que estaba Menem; los antiverticalistas, liderados por Robledo y Matera, y varios sectores intermedios, donde quedarían Cafiero y el candidato a presidente en 1983 Ítalo Lúder.

después de Roca capaz de concluir dos mandatos por completo, y en el único en recibir y entregar el poder a un político de la oposición en una situación de plena normalidad institucional (Catterberg y Braun, 1989). Pero, al mismo tiempo, fue el encargado de llevar adelante las reformas económicas más drásticas de la historia del país, privatizando los activos estatales y tomando medidas de tipo absolutamente regresivas para los sectores populares, todo avalado por una legitimidad democrática casi incuestionable (Novaro y Palermo, 1996:22; Gervasoni, 1998; Bonnet, 2009), a pesar de cierto augurios que vaticinaban lo contrario (Borón, 1995). Existieron sí muchísimos cuestionamientos, sobre todo desde la intelectualidad, acerca de la forma en cómo se ejerció el liderazgo de Carlos Menem. En ese sentido existen dos visiones parcialmente contrapuestas del análisis del menemismo, por un lado los que alertan sobre el hiperpresidencialismo decisionista (Portantiero, 1995; O'Donnell, 1992) desarrollado durante su gobierno, y otros que atenúan esta idea haciendo alusión a las distintas coaliciones que tuvo que establecer para garantizar su hegemonía (Novaro, 2001) o sus disputas con los otros poderes para llevar a cabo ciertas medidas específicas (Llanos, 1998).

Las principales discusiones sobre Menem, y sobre el menemismo tanto entendido como grupo de personas o como línea ideológica, apuntaron al problema en torno a la articulación ideológico-identitaria entre este nuevo menemismo y el peronismo tradicional, revisando cambios y continuidades, perfil del electorado, entre otras variables. Lo encararan o no desde esa perspectiva, la mayoría de los autores recalaban sobre esas cuestiones, bordeando a veces incluso la idea de transformismo o traición. Parecía incomprensible cómo un líder emergido de las filas del PJ, y habiendo ostentado un discurso de tipo populista<sup>7</sup>, se había convertido repentinamente, según estas visiones, en el adalid de las reformas neoliberales (Castiglioni, 1996) recomendadas en el *Consenso de Washington* (Castellani 2003) y, aún así, había preservado, e incluso aumentado, su caudal electoral, tomando las elecciones legislativas como una especie de instancia de reafirmación plebiscitaria.

Este tipo de discusiones parten de algunos supuestos que intentaremos cuestionar en este trabajo. En primer término intentaremos abordar su plataforma política para la carrera presidencial y recorrer la trayectoria que siguen los discursos de Menem para ponerlos en contraste, sobre todo en lo que respecta a aquellas

---

<sup>7</sup> La discusión teórica y conceptual en torno a la noción de populismo se ha vuelto inagotable e inabarcable, sobre todo a partir de la intervención de este debate por parte de Ernesto Laclau. Por lo pronto nosotros la utilizaremos en un sentido coloquial, al igual que Novaro y Palermo (1996), a sabiendas de estar omitiendo dicho debate.

intervenciones públicas con fines manifiestamente políticos, dejando en un segundo lugar los testimonios periodísticos, con el fin de poner en evidencia la preexistencia de elementos afines al ‘neoliberalismo’, previos a su ascenso, tal como ha sostenido Camou (1998). En segundo lugar discutiremos la noción rígida que atraviesa la suposición de que el menemismo contraviene ciertos pilares ideológico-identitarios del peronismo, o que directamente significa su fin como tal en tanto ideología nacional-popular, y que el menemismo, en todo caso, puede suponer una articulación heterodoxa, pero necesariamente articulada al ideario peronista y a la estructura del PJ. Finalmente propondremos algunas líneas estimativas acerca del proceso de construcción político-intelectual de una especie de mito menemista, homologado también a la década de 1990, que intenta explotar algunas de las hipótesis discutidas más arriba.

El liderazgo menemista mereció una atención especial por parte de los especialistas, y mucha mayor que la que había despertado la experiencia radical previa, al menos en lo que respectaba al liderazgo. Primeramente fueron los propios peronistas, contemporáneos al proceso, los que abordaron la cuestión. Indagaremos, entonces, ciertas lecturas que hicieron sobre el fenómeno los miembros de la revista *Unidos*, cuya experiencia y opinión resulta relevante en su doble condición de intelectuales y políticos cercanos al peronismo, y donde se refleja claramente el impacto que tuvo la victoria de Menem en el frente interno, y el revés que implicó la derrota de la *renovación peronista*<sup>8</sup>. De este sector es que emerge más fuertemente la idea de traición y transformismo, y en menor medida en el resto de los científicos sociales. Es por ello que, tras analizar la trayectoria de Menem, intentaremos poner en discusión los principales supuestos sostenidos en la revista, y las dificultades que estas supusieron para la comprensión más profunda del fenómeno en cuestión.

### **Entre renovadores y ortodoxos: ‘renodoxia’ y menemismo**

Tras la derrota electoral de 1983, las tensiones que ya se vislumbraban antes, estallaron definitivamente dentro del PJ. La vieja disputa entre verticalistas y antiverticalistas, los ortodoxos y la incipiente fracción renovadora, plasmada en 1982, se había resuelto de manera poco limpia y, por lo tanto, poco efectiva. Como ha sido señalado en trabajos recientes, si bien el proceso repercutió en todo el país, la mayor

---

<sup>8</sup> La revista *Unidos* dedicó un número extraordinario (el N° 19) exclusivamente a la victoria de Menem en las internas del PJ, titulado “El menómeno peronista”. En éste dominaba un tono de desilusión, pero que todavía guardaba ciertas expectativas acerca de que cualquier gobierno peronista sería mejor que uno de signo opuesto. .

disputa, y por lo tanto el mayor desgaste del sector renovador, se dio en la provincia de Buenos Aires (Ferrari, 2007, 2009a, 2009b). Eso configuró una *renovación* que se articuló en clave de esa disputa principal, lo que permitió se incluyeran numerosos dirigentes de dudoso cariz renovador. En ese panorama, Menem era uno de los tantos dirigentes del interior con los que tenía que contar la renovación para lograr hegemonizar el PJ, y sus movimientos fueron realmente efectivos. Menem asumió el rol de portavoz de la renovación, ni bien se supo de la derrota de 1983 (Gutiérrez, 1998:13). La tríada de la renovación se consolidó el 21 de diciembre de 1985, con la presentación del documento fundacional de esta línea interna: Cafiero, Grosso y Menem (Ivancich, 2004:24; Gutiérrez, 1998:14).

En poco más de tres años la *renovación peronista*, el proceso que destronó a la cúpula del PJ derrotada en 1983. La renovación fue abordada por algunos como un proyecto de disputa ideológica exitoso dentro del peronismo, que terminó siendo derrotado por su afinidad e indiferenciación con el alfonsinismo (Altamirano, 2004). Otros, por el contrario, lo evaluaron como un proyecto político- electoral plagado de contradicciones internas cuyo objetivo principal era desplazar definitivamente a los sectores vinculados a la derrota de 1983, y fue allí donde se fijaron sus límites (Mora y Araujo, 1991). La renovación era una coalición heterogénea (De Riz y Adrogué, 1990:19), con cierta línea discursiva (Novaro y Palermo, 1996:69) y cuyos resultados fueron parciales, así como lo habían sido sus objetivos, siempre moderados en cuanto a los proyectos y recambios de cuadros (Ferrari, 2009a).

No sólo Menem tuvo un rol protagónico en ese proceso, sino que el propio Cafiero tampoco suponía de antemano una renovación en términos efectivos. Como ellos, gran parte de los dirigentes tenían una trayectoria significativa en el PJ, y no se habían opuesto necesariamente al proceso de elección de la fórmula para 1983, pero la derrota había tenido un impacto del que no se podía salir sin consecuencias<sup>9</sup>. Los objetivos de la *renovación* apuntaban a *aggiornar* al PJ a la nueva cultura democrática, y para ello había sido necesario desplazar tres factores de poder: el liderazgo simbólico de Isabel Perón, la hegemonía de la CGT y, en Buenos Aires, el poder territorial de Herminio Iglesias. Steven Levitsky (2005) ha descrito en detalle la conversión del PJ de un partido sindical a uno de tipo clientelar, enfatizando que fue la *renovación* la que dio el primer golpe de muerte a la rama sindical del partido.

---

<sup>9</sup> El título del N° 3 de la revista *Unidos* (agosto de 1984) Carlos “Chacho” Álvarez titulaba su artículo con elocuencia: “El Peronismo se transforma o muere”.



Erróneamente se ha intentado disociar la emergencia de Menem del proceso renovador, cuando fue exactamente lo contrario. Las rupturas y reacomodamientos que generó el conflictivo proceso fueron las que permitieron, a la postre, que las estrategias de Menem, verdaderamente heterodoxas, dieran resultados para algunos inesperados. Pero evidentemente Menem es un producto de la renovación, quizá cultivando ese estilo que algunos bautizaran como “renodoxo”<sup>10</sup>, construyendo un neologismo combinando “renovador” y “ortodoxo”, pero, en definitiva, tan hijo como cualquiera de los otros. Es importante entonces concebir la renovación como un proceso y no como un sector específico. Sobre esa base resulta más fácil entender, en su génesis histórica, cómo se constituyó el liderazgo de Carlos Menem, que con prontitud tendría ya su propia identidad colectiva, bajo el nombre de menemismo. El menemismo significó no sólo una continuidad con respecto a la renovación, sino también una profundización de ciertas tendencias inauguradas por ésta y un aprovechamiento de los intersticios que el tortuoso camino renovador generó.

Por tanto tenemos algunos elementos definidos para entender la victoria de Menem en el frente interno, su estrategia fue mucho más efectiva al momento de conformar una coalición amplia. Mientras Cafiero combatía a los restos de la ortodoxia y al sindicalismo, Menem los convocaba a formar parte de su proyecto, donde los renovadores cafieristas veían fantasmas, los coaligados al riojano veían potenciales aliados<sup>11</sup>. Sin embargo no hay que engañarnos, Cafiero había hecho todo lo posible para dominar el aparato partidario, y en ese sentido había integrado a un grupo variopinto de dirigentes, pero dejando algunos heridos en el camino que Menem recogería con prontitud, cuyo caso más conocido es el de Eduardo Duhalde, quien había sido desplazado en 1987 de la lista de diputados por Ítalo Lúder.

### **'Revolución productiva' y 'salariazó': campaña y principios programáticos**

Mucho se ha insistido, en diversos análisis, en lo vacía y superficial que fue la campaña de Carlos Menem, amparado en eslóganes efectistas y promesas vagas. Pero esto resulta contradictorio con la igual de frecuente suposición de que Menem faltó a su palabra, y en cierto término traicionó la confianza de sus votantes. Queda abierta una

---

<sup>10</sup> “Menem era el más renovador de los ortodoxos, y el más ortodoxo de los renovadores [...] siempre estaba con una pata en cada plato.” (Entrevista a Carlos Grosso, 23/07/2007, RAO).

<sup>11</sup> “El entorno que rodea a (Carlos) Menem es un grupo incoherente donde se juntan figuras que vienen del montonerismo, con colaboradores de (José) López Rega y otros compañeros que sólo podemos asociar con nuestros años negros de la derrota.” (Clarín, 10/04/1988, pág. 10).

doble cuestión. Por un lado, si es plausible darle tanta relevancia a la línea discursiva que se estructuró desde el menemismo en circunstancias donde el discurso político ha quedado francamente desplazado del centro a manos de los medios masivos de comunicación y el imperio de la imagen. Y en segundo lugar, es necesario preguntarnos si es preciso hablar de una traición en un dominio, tal y como es el político, donde la coherencia tiene un dudoso valor práctico e incluso moral, testimonio parcial de ello está en la escasa repercusión que tuvo en resultados electorales que cosechó el propio Menem desde 1989 en adelante.

La plataforma política de la fórmula Menem- Duhalde llevaba como título *La Revolución Productiva* (1989), y presentaba un decálogo de propuestas e ideas en torno a las medidas que tomarían en caso de ganar las elecciones nacionales, una vez ya ganadas las internas dentro del partido. En ella se pueden leer diez planteos generales resumidos en torno a: 1) la nueva cultura del trabajo, 2) la unidad nacional, 3) un pacto social para el desarrollo, 4) el salarizado, 5) el desafío exportador, 6) la deuda externa, 7) la producción (o la decadencia), 8) el Estado nacional y la eficacia social, 9) la riqueza del país y el federalismo, y 10) la liberación productiva. Como podemos ver dominan las imprecisiones conceptuales que se cuentan por cientos en el cuerpo del texto, una retórica con la pretensión omniabarcantiva de toda campaña electoral. Ya Alfonsín había asegurado que con la democracia se comía, se educaba y se curaba<sup>12</sup>.

El diagnóstico crítico se repetiría a lo largo de todo el primer año de gobierno, criticando la economía especulativa y el endeudamiento externo. Pero las soluciones plateadas ya evidenciaban algunas señales de lo que más tarde llevaría adelante, cuestión que con precisión ha explicado Camou (1998). Este autor analiza el rol de los especialistas y economistas que se integraron a los círculos de influencia del peronismo, y por ende del menemismo, “[...] *un par de años antes* de la elección de 1989.” (1998:91). Trayendo consigo gran parte de las ideas ‘neoliberales’ que más tarde se aplicarían en el gobierno de Menem. Los objetivos a corto plazo obligaban un ajuste y una reestructuración (Novaro y Palermo, 1996), y estos especialistas ofrecerían algunas alternativas.

---

<sup>12</sup> Los autores de la revista *Unidos* sostenían en general que existía una continuidad entre el posibilismo alfonsinista y el pragmatismo menemista, todo teñido de un fuerte tono crítico. Decía Arturo Armada: “Este gobierno [de Menem] es el de los herederos de Alfonsín y el heredero de Perón no ha nacido aún.” (“De Perón al revolcón (apogeo de la revolución conservadora)”. En: *Unidos*, N° 21, mayo de 1990, pág. 25). Dentro de esa línea que establece dicha continuidad también se puede ver Nun (1995).

Con un gesto de futurología, en la revista *Unidos* de abril de 1988, Arturo Armada hacía referencia a los cuadros ‘neoliberales’ que acompañaban a la renovación, en particular Cavallo y Di Tella, y afirmaba: “Pero tampoco Menem está en otra: *su vacío ideológico no va a ser llenado con otra cosa que no sea los equivalentes a Di Tella, Cavallo y cía.*”<sup>13</sup>. Y más tarde agregaba:

“Pero la otra línea [distinta a la *renovación*], la menemista, *sí tiene garantía*. La de que con ella, no habrá chances de transformar el país, de plantear un proyecto coherente, de saber qué cuernos va a hacer en cualquiera de los problemas que consideramos vitales; ni siquiera la posibilidad de pelear desde adentro.”<sup>14</sup>

Ya estaban marcados los rasgos de imprevisibilidad y de vacío de discurso que suponían la personalidad y el proyecto de Menem. Por ello pasaremos lectura a alguno de los ítems que figuran en la plataforma, para más tarde, en el próximo apartado, abordar el momento del supuesto viraje, que ya empezamos a matizar a partir de los dichos de Armada. La ambivalencia de la plataforma deja entrever asimismo una serie de aseveraciones que dejan el camino abierto a algunas de las medidas que más adelante se tomarán, pero claro está que era imposible prever la magnitud que tendrían:

“Con reglas de juego estables y convenientes, no tendremos por qué continuar temiendo a los *viejos fantasmas* agitados para perpetuar nuestra declinación. El capital extranjero de verdad – el que arriesga buscando beneficios, el que produce puestos de trabajo y que obtiene lógicas ganancias – no provocará efecto pernicioso alguno en nuestra economía.”<sup>15</sup>

“No propiciamos un Estado elefante, como el actual, incapaz de hacer frente a las mínimas necesidades sociales. Tampoco propiciamos un Estado bobo, que permanezca indiferente y ajeno a una etapa de cambio y desarrollo. [...] Somos pragmáticos y no estamos atados a ningún lastre partidario e ideológico para analizar este tema. Por el contrario, entendemos que la primera gran batalla que hay que ganar es la de cambiar el Estado nacional, es la batalla del sentido común.”<sup>16</sup>

---

<sup>13</sup> Armada, A., “Entre Artigas y Perón: ¿Liberalismo político para la liberación?... (I)”. En: *Unidos*, Nº 18, abril de 1988, pág. 100. (*cursivas* en el original)

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pág. 101. (*cursivas* en el original)

<sup>15</sup> Menem, C. y Duhalde, E., *La Revolución Productiva*, Peña Lillo, Bs. As., 1989, pág. 59.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, pág. 80.

En estos fragmentos se puede percibir claramente algunas líneas, quizá maquilladas con un tono de moderación que, sin lugar a duda, el discurso de Angeloz, candidato por la UCR, no tenía. Pero la evidencia es clara, las ideas ‘neoliberales’ no aparecieron repentinamente una vez que Menem ascendió a la cima del poder estatal. La apertura económica y la reforma estatal ya figuraban en la agenda, quizá imbuidas por un clima de época<sup>17</sup> reflejado marcadamente en una opinión pública (Camou, 1998; Castellani, 2003) que evaluaba con desconfianza ciertas prácticas que veía como retrógradas<sup>18</sup>. Incluso las ambivalencias discursivas permiten, a diferencia de lo que sostienen Novaro y Palermo (1996:128-9), divisar pequeños, pero no por eso menos significativos, indicios de ciertas ideas que ya se perfilaban con cierto potencial práctico en la política menemista.

Incluso en cuanto a la prédica del ‘salariazó’, el que más tarde sería su ministro de economía, Domingo Cavallo, ofrecería una explicación al respecto:

“Yo lo apoyé [a Menem] durante la campaña [...]. La idea del salariazó fue una idea muy inteligente de Menem. Obviamente que, si nosotros lográbamos estabilizar los salarios en términos reales y los ingresos en términos reales, iban a pegar un salto tremendo. [...] En aquel momento, Menem encontró la forma de transmitirle a la gente que con una estabilización, y con una potenciación de las capacidades de Argentina en materia productiva, que podía haber un gran mejoramiento del ingreso real de la población, era con la expresión de salariazó. Pero éstos son recursos de campaña que los tipos que saben cómo ganar campañas utilizan.”<sup>19</sup>

### **Liderazgo y crisis de representación**

Marcos Novaro (1994) ofrecía hace algunos años un diagnóstico que era generalizado, el de *crisis de representación*, fundamentado en cuatro pilares analíticos: los fuertes condicionantes económicos, las dificultades de los partidos mayoritarios para resolver el divorcio entre representantes y representados, la incapacidad de los partidos

---

<sup>17</sup> Dice Camou (1998:86): “Pero hay otro factor que muchas veces aparece desdibujado en los análisis del período. Me refiero al hecho de que la difusión masiva y la creciente aceptación, por parte de sectores “activados” de la opinión pública, de las ideas promercado, fueron preparando el terreno simbólico que **precedió** – y tendió a legitimar – la reorientación de la política económica del menemismo ; en ese nuevo clima de ideas – que notoriamente excedía las fronteras nacionales de la mano de la oleada “neoliberal” – hay que destacar la reelaboración de una serie de tópicos de la vieja “economía política peronista”, por parte de un grupo de economistas y técnicos que comenzaron a rodear al candidato presidencial **antes de 1989**, y que después ocuparían estratégicas responsabilidades de gobierno.” (**destacado** nuestro)

<sup>18</sup> “Un Estado elefante es un Estado retrógrado.”. *Ibíd.*, pág. 93.

<sup>19</sup> Entrevista a Domingo Cavallo en Cheresky (2008).

políticos en una esfera pública dominada por los medios de comunicación, y, por último, la despolitización y retiro a la esfera privada. Este diagnóstico le servía como plataforma para explicar la emergencia de nuevos liderazgos que, imbuidos en una nueva lógica política, explotaban el descontento y la fragmentación. Asimismo esta hipótesis pierde fuerza en la obra posterior en que comparte autoría con el ex *Unidos* Vicente Palermo (1996), donde se matizan muchas de estas cuestiones, e incluso se sostiene que es la conversión del peronismo en partido la que permite a Carlos Menem consolidar su liderazgo.

Sin lugar a dudas la situación en 1989 difería notablemente de aquella que, en 1983, había dado a luz a esta nueva democracia (Landi y Cavarozzi, 1991: 30). La crisis hiperinflacionaria, que en primera instancia parecía, y fue, efectivamente, un problema, se convirtió en la condición de posibilidad del gobierno de Menem (Bonnet, 2008; Novaro, 1994; Novaro y Palermo, 1996). En primer lugar porque la hiperinflación sirvió de frontera discursiva central (Aboy Carlés, 2001), construyendo una estrategia que canalizaba dos preocupaciones genuinas de la población y el gobierno: la estabilidad económica y la gobernabilidad política (Novaro y Palermo, 1996:228). Al mismo tiempo contaba con una genuina legitimidad democrática de origen, que le garantizaba cierta libertad de movimiento. En poco tiempo Carlos Menem “logró concentrar en el Poder Ejecutivo el conjunto de la capacidad decisoria, pero al mismo tiempo el ejercicio de esa capacidad tropezó con una serie de obstáculos” (Novaro y Palermo, 1996:275).

Aquí queremos plantear que nos resulta difícil de comprender en toda su magnitud estas hipótesis basadas en la excepcionalidad, porque si bien existe una situación crítica (el horizonte hiperinflacionario), ésta parece relativizable en una perspectiva histórica de más largo aliento. Por ejemplo, si contemplamos que entre 1930 y 1989 de los veinticuatro personas que ocuparon la presidencia durante el período sólo diez fueron escogidas por sufragio, y que en sólo en seis ocasiones las elecciones se dieron en un marco de plena normalidad, sin proscripciones o fraude. Del mismo modo, del total de los primeros mandatarios del período, ya sea electos o impuestos, catorce provenían de las filas de las FFAA, y, de todos ellos, sólo dos estuvieron en condiciones de cumplir un mandato presidencial completo. En ese marco es difícil sostener un hito particular o excepcionalmente crítico para 1989 o, como también se ha sostenido, una crisis de los partidos políticos. En todo caso tiene una condición crítica con respecto al retorno democrático de 1983, pero se podría suponer también que el episodio excepcional fue justamente ese, es decir que el auge

de la participación política en esas circunstancias fue verdaderamente excepcional y valorado, quizá, de manera exageradamente positiva<sup>20</sup>.

En la misma tónica figura la discusión en torno a la identidad peronista, en un ejercicio de análisis entre la continuidad y la ruptura que la mayoría de los autores tuvieron en cuenta en sus análisis, con mayor o menor énfasis, con una valoración más o menos positiva. Pareciera necesario, una vez más, preguntarnos de qué hablamos cuando hablamos de peronismo, y, en ese caso, establecer esa serie de continuidades y rupturas que se quieren rastrear. El punto clave está en evidenciar que la disputa por la “herencia natural” del peronismo o por la apropiación y significación de su “legado” no es en absoluto nueva. Es un error creer que, sólo por un buen uso de los símbolos y prácticas discursivas asociadas con Perón, Menem se garantizó una posición ventajosa en la conformación de su propia base electoral. En primer lugar porque esa apelación al líder, casi ineludible en cualquier retórica peronista, es patrimonio común de todos los miembros miembro del movimiento, a la que usualmente se recala con la remanida fórmula “si Perón/Evita viviera [...]”, con ninguna garantía de éxito. En segundo término, Canelo (2005) transpola la categoría de Sigal y Verón (1988) de “doctrina vacía”, presumiendo una idea genérica de liderazgo que ocupa un lugar disponible, vacante o vacío en función de la continuidad de una *estructura de enunciación*. Algo que resulta impensable en el marco de la liturgia peronista, siendo que aún muerto existe un único líder natural del movimiento<sup>21</sup>. Si en algún sentido Menem articula un liderazgo, este es un liderazgo absolutamente distinto y en una situación también muy diferente, que requiere la conformación de una nueva coalición política (Novaro y Palermo, 1996; Novaro, 2001).

Resulta un error, desde nuestra óptica, asumir la unicidad de la herencia y la identidad peronista, tal y como se hace en la retórica política, porque esto implica un recorte histórico absurdo, que si bien resulta necesaria en la práctica discursiva-electoral no puede ser asumida como cierta. Resulta perentorio no obviar los hitos conflictivos que aquejaron al peronismo desde 1955 hasta la actualidad, y sobre todo

---

<sup>20</sup> Es conocida la simpatía, e incluso la participación activa, de cierto sector de la intelectualidad con respecto al proyecto político liderado por Raúl Alfonsín, quizá sólo equiparable al que 16 años después tendría la Alianza UCR- Frepaso.

<sup>21</sup> El esfuerzo teórico que hace Canelo (2005) es realmente encomiable y abona a nuestra percepción que inserta al menemismo en un marco de continuidad. Sin embargo, a pesar que la idea de conformar un puente entre 1945 y 1989 es realmente tentadora, ésta extirpa el sentido histórico de los cambios acaecidos en ese inmenso y conflictivo período intermedio, y sobre todo el que va de 1976 a 1989, incluso en lo que respecta a la faz discursiva del peronismo.

en lo que respectaba a las discusiones en torno al sentido último de la identidad peronista. Menem es tan peronista como cualquier otro, pero eso *a priori* no nos dice absolutamente nada, es una afirmación tautológica<sup>22</sup>. Y más allá de ciertas asociaciones con el pragmatismo, el presidencialismo o el mero personalismo que hacen los autores en su continuidad con el peronismo (Portantiero, 1995; Novaro y Palermo, 1996), todos ellos insisten en un “giro” del menemismo que no termina de quedar claro. Las decisiones de Menem en el gobierno parecen aparentemente contrariar dos cuestiones: sus discursos previos y ciertos pilares ideológicos del peronismo. Sin embargo no podríamos afirmar, sin mediar cierta osadía, que exista un criterio unívoco de lo que implica la ideología peronista, si se la pudiera llamar así. Y, por otro lado, no queda claro cómo pudo Menem contradecir un discurso que, como ya hemos señalado, carecía de cualquier definición concreta al respecto de temas neurálgicos de su labor futura.

### **Menemismo y renovación: testimonio del grupo ‘Unidos’**

Ha quedado claro que la ambivalencia discursiva y práctica de Carlos Menem funciona como un antecedente válido para prever, y a la vez discutir, el supuesto viraje. La ambigüedad fue efectivamente una condición de posibilidad para que se asentara una línea política más coherente, aunque sea contraviniendo la tradición justicialista, que, por otra parte, no ofreció grandes resistencias, encarnada en otros dirigentes opositores. El análisis de Novaro y Palermo (1996) en ese sentido es muy convincente, pero persisten en sostener el “giro” como un factor inestimable para explicar esta construcción política. Ernesto López explicaba en 1988, tras la victoria de Menem en las internas: “A nivel del discurso explícito, manifiesto, el riojano formuló propuestas fragmentadas y poco articuladas. En el plano socioeconómico poco es lo que puede recortarse con nitidez [...]”<sup>23</sup>. Y más tarde, y he aquí lo que nos interesa, afirmaba: “El peronismo, en particular, carece de opciones alternativas como las que poseyó durante el período comprendido entre 1945 y 1976 [...]. Hoy esta opción no sólo no está al alcance de la mano sino que estamos muy lejos de ella. No

---

<sup>22</sup> “Esta concepción menemista no es un realismo, desde el punto de vista del conocimiento, sino un “idealismo de lo dado”. [...] de un posibilismo “pragmático” [...]. *Pero, sin dudas, sus raíces son peronistas.*” (Armada, A., “De Perón al revolcón (apogeo de la revolución conservadora)”. En: *Unidos*, N° 21, mayo de 1990, pág. 32). Son mucho los autores que señala cierto grado de continuidad entre peronismo y menemismo, enfatizando el estilo de gobierno, la escasa institucionalización, y la tendencia presidencialista. Portantiero (1995) es quien más claramente hace este ejercicio comparativo.

<sup>23</sup> López, E., “Primeras imágenes del naufragio”. En: *Unidos*, N° 19, octubre de 1988, pág. 37.

me place reconocerlo, pero me parece que en los tiempo por venir resultará inevitable navegar por el cauce del ajuste.”<sup>24</sup>. Incluso el sector más progresista del peronismo, nucleado en *Unidos*, admitía sesgadamente la falta de alternativas. ¿Por qué Menem se conduciría por un camino ajeno?

El registro general de la revista *Unidos* se había dado como un acompañamiento crítico a la renovación y una fuerte oposición al alfonsinismo, siendo un ambiguo experimento entre la praxis política y la intelectualidad crítica. La victoria de Menem significó un golpe duro<sup>25</sup>, y atisbaron a ver en éste la derrota de la *renovación*, reconstruyendo un discurso inspirado en valores idealistas en torno a la militancia y el ‘ser’ peronista. En ese sentido coincidimos con Mora y Araujo (1991) con respecto a que este sector, cuyos miembros confluyeron después en su mayoría en el disidente “grupo de los 8” y el Frente Grande, representaba a su manera una forma de ortodoxia<sup>26</sup>, con un criterio que empaparía las lecturas futuras acerca del menemismo. No sólo eso, sino que ofrecería la forma más acabada de oposición al modelo, pero tendiendo siempre a una crítica de tipo superestructural, más orientada a las formas políticas y a la corrupción que a las medidas en sí. Quizá la excepción esté en Claudio Lozano y Eduardo Jozami<sup>27</sup> quienes vaticinaban cuando analizaron la plataforma de Menem- Duhalde, con cierto grado de consuelo, que:

“Como era previsible, la plataforma no resolvió definitivamente estas cuestiones. La síntesis intentada no permite apostar por la coherencia de la gestión económica de un gobierno peronista, pero afortunadamente ilustra sobre las dificultades para imponer en el seno del movimiento las propuestas más receptivas a la influencia neoliberal.”<sup>28</sup>

Resulta interesante que, a pesar de lo dura que había sido la victoria de Menem para sus ideas, la mayoría de los autores de *Unidos* - en particular, pero no excluyentemente, “Chacho” Álvarez, que era candidato a diputado nacional -

---

<sup>24</sup> *Ibíd.*, pág. 40.

<sup>25</sup> Brachetta (2005) en un extenso trabajo acerca de la revista *Unidos* sostiene que la publicación, y por ende el grupo de personas que la conformaban, sufrió dos duros golpes políticos: la derrota de Cafiero en las internas del PJ y la victoria de Menem en las elecciones nacionales. Ver *Unidos* N° 19, 20 y 21.

<sup>26</sup> Mora y Araujo (1991:126-7) reconoce a tres tipos de dirigentes: los que renovaron estilos e ideas, los que se renovaron sólo parcialmente en el plano de las ideas, y los que solamente renovaron el estilo. Entre los primero identifica Grosso, Bordón y el Menem presidente; en el segundo incluye al Menem renovador y al propio Cafiero, y entre los últimos ubica a los dirigentes del “grupo de los 8”. A este último punto nos hemos remitido, aunque es preciso aclarar que para el autor el ideario peronista tradicional conservaba un retardatario “aislacionismo”, y en el “aperturismo”, de claro signo liberal, residen las virtudes de la política en ciernes de la década de 1990.

<sup>27</sup> Brachetta (2005) identifica a estos autores como los de perfil más claramente izquierdista.

<sup>28</sup> Lozano, C. y Jozami, E., “El 15 de mayo sigue la discusión”. En: *Unidos*, N° 20, abril de 1989, pág. 42.



buscaban matizar el hecho de la victoria menemista apelando, y ahí coincidimos con Mora y Araujo, a un imaginario de la militancia peronista que reflejaba una añoranza que, como bien señala Sidicaro (1995), se basaba más en una representación social que en la realidad concreta, y que, en sentido estricto, significaba un capital electoral también aprovechado por Menem<sup>29</sup>. El PJ y el peronismo eran, en definitiva, un espacio en disputa. Y lo que es más, se esforzaban por diferenciar a los cuadros ‘neoliberales’ del peronismo renovador, como Di Tella y Cavallo, de la futura política menemista, al mismo tiempo que pregonaban la unidad y apelaban a eufemismos para justificar al candidato que no habían apoyado, pero que seguía siendo propio:

“Bien vistas, las supuestas “contradicciones” de Menem (exacerbadas por la lupa que el radicalismo pone sobre el candidato), no son tales sino un emergente de la forma en que se procesan la unidad del peronismo y el mensaje político.”<sup>30</sup>

Poco tiempo después los mismos autores se descargaban con fervor contra el Menem al que divisaban como algo más que un traidor. Atacando, más que al propio Menem, a las injustificadas aunque tibias esperanzas que habían puesto en él y su ambigüedad. Querían cargar en el ahora presidente los errores de sus viejos, y quizá infundados, anhelos.

“Argüir que Menem no cumplió con sus promesas es un burdo eufemismo [...]. Decirle “liberal” [...] puede considerarse en ciertos círculos justicialistas una alabanza. Espetarle “traidor” evoca vocabularios de otras épocas [...]. Señalar que el peronismo gobernante es – además de travestista – frívolo y cholulo parece ser una crítica menor [...]. *Este peronismo excede muchos límites*. No sólo negocia con el enemigo: negocia mal. Lo incorpora al gobierno. Adopta su jerga (“economía popular de mercado”). No ya privatiza: regala. No ya regala: paga por regalar. Se jacta de hacerlo...”<sup>31</sup>

---

<sup>29</sup> “Los partidarios del gobierno del presidente Menem conservan su atractivo electoral en los sectores populares en virtud de la vigencia de las representaciones sociales del peronismo, elaboradas en otras condiciones históricas, pero cuya autonomía en tanto ideas colectivas las hace eficientes políticamente en el presente aún cuando sirvan para dar sustento a un proyecto económico y social totalmente distinto al que propuso en sus orígenes y en su desarrollo hasta 1989. Pero esos apoyos sociales enraizados en las representaciones sociales peronistas se han mantenido sólo en parte, disminuyendo en número e intensidad en razón de las transformaciones de la estructura social que había sido, en sentido durkheimniano, su sustrato” (Sidicaro, 1995:154).

<sup>30</sup> Wainfeld, M., “Entre el riesgo y la esperanza”. En: *Unidos*, N° 20, abril de 1989, pág. 30.

<sup>31</sup> Wainfeld, M., “Ni vergüenza de haber sido ni dolor de ya no ser”. En: *Unidos*, N° 21, mayo de 1990, pág. 7.

En ese mismo N° 21 de la revista *Unidos* aparecía la plataforma del escindido “grupo de los 8”, que liderado por “Chacho” Álvarez proponía una alternativa crítica al menemismo. Barcia e Ivancich (1991a, 1991b) publicaban más tarde dos libros donde denunciaban la traición, anunciando el perfil del discurso opositor en torno a la crítica a la corrupción del gobierno, pero ya mostrando la incapacidad de forjar una alternativa sólida. Para este grupo la crisis de identidad era manifiesta, y veían en riesgo lo que hasta el propio título de la revista pregonaba por las medidas de Menem. Pero esta era una crisis identitaria interna<sup>32</sup>, para quiénes habían cultivado, siempre en minoría, un horizonte peronista idílico que no se correlacionaba estrictamente con la realidad. Es probable que allí el “giro” menemista tuviera asidero, pero no es generalizable. Estos autores reordenarían perceptiblemente el relato para imprimirle un sesgo teleológico para fundamentar así el nuevo y ferviente anti-menemismo:

“El primer acto de corrupción que opera el menemismo está dado antes de la asunción de Menem como presidente de los argentinos. Está referido a la indefinición discursiva de la campaña, lo que remitía los supuestos límites de la posterior acción gubernamental al origen peronista del candidato. Desde la vacuidad de los mensajes, desde el nulo contenido político de consignas como “Sígueme, no los voy a defraudar”, no se podía anticipar con precisión el rumbo que iría a tomar el nuevo gobierno.”<sup>33</sup>

“En la interna también queda prefigurado el fenómeno del **travestismo político** del que hace gala Menem. De referente renovador que fue, recorre todo el arco político que, como un arco iris brillante y multicolor, lo deposita en el estadio de River donde en un multitudinario acto queda sellada su alianza no sólo con las 62 Organizaciones, sino también con los temibles representantes de los “15”. [...]En definitiva, en esta postura prefiguraba la posibilidad de la incorporación de cualquier política.”<sup>34</sup>

### **Conclusión: entre expectativas y traiciones**

En conclusión, consideramos que el tan mentado “giro” no se dio efectivamente en las estrategias o el discurso del propio Menem, sino que éste estuvo en las interpretaciones que se establecieron en torno a éstas. En parte porque creyeron

---

<sup>32</sup> En el N° 21 de la revista *Unidos* esta era la idea dominante, en particular en los artículos de Ivancich, Ernesto López y Armada. Llegando incluso a hablar de la existencia de dos peronismos, y ya seducidos por la idea de la ruptura con el tronco partidario inerte a las controvertidas medidas de Menem.

<sup>33</sup> Barcia, H. e Ivancich, N., *La traición de Ali Babá*, Baires Edita, 1991, pág. 186.

<sup>34</sup> *Ibíd.*, pág. 38.

ver en la ambivalencia y ambigüedad de Menem sólo un mal menor en sí mismo y a corto plazo, como un fiel reflejo y fruto de las contradicciones inherentes al propio movimiento peronista. El propio Wainfeld, en ese sentido, hace un esfuerzo denodado por justificar y salvaguardar a aquellos que permanecieron dentro de la égida establecida por el menemismo, no considerándolo un gesto de genuflexión, sino como una “[...] pobre evaluación de las múltiples posibilidades de articulación, conflicto y alianzas que permite la democracia.”<sup>35</sup>. Incluso el norteamericano Steven Levitsky (2005) sucumbe, quizá por cierta ingenuidad metodológica, a la hipótesis de la subordinación a disgusto o la disidencia pasiva de los hombres del PJ. Resulta curiosa la operación, ya que en un armado político dominado por la corrupción, consideran como único responsable a quien digita y no a quienes se subordinan a esa lógica.

Este es el primer paso en la construcción de cierto mito menemista fundado en la idea del viraje, la traición o el transformismo. Un relato fundado en la decepción no sólo para con Menem, en el que nunca habían confiado ni los intelectuales peronistas ni los anti-peronistas, sino para con la gente que reafirmaba su apoyo electoral, aún suponiendo un cambio en la coalición (Novaro y Palermo, 1996; Gervasoni, 1998). Coincidimos con Mora y Araujo, aunque sin su fervor (neo)liberal, en que en caso de existir viraje, éste no fue exclusivo de Menem, las expectativas de los votantes y también sus prioridades habían cambiado. Incluso el PJ había modificado sus lógicas y sus mecanismos (Levitsky 2005). El viraje fue en algún sentido cierto, pero no fue tan drástico si se tiene en cuenta la trayectoria discursiva y práctica de Menem. La idea de traición o transformismo ha contribuido a forjar una especie de frontera menemista, siguiendo la lógica de Aboy Carlés (2001) y a la que adhiere Cheresky (2008), que discierne, una vez más, entre una política virtuosa y otra viciada<sup>36</sup>.

En cierto sentido el menemismo se convirtió a su manera en el “hecho maldito del peronismo”, parafraseando la famosa frase de John William Cooke. “El

---

35 Wainfeld, M., “Ni vergüenza de haber sido ni dolor de ya no ser”. En: *Unidos*, N° 21, mayo de 1990, pág. 17.

<sup>36</sup> Apelando a un clásico como Max Weber definimos ésta como una falsa antinomia, basada en una pretensión fundacionalista. “El medio decisivo de la política es la violencia. [...] La especificidad de todos los problemas éticos de la política está determinada por su medio peculiar, la violencia legítima en manos de agrupaciones humanas. Quién se vale de la violencia para cualquier fin, y esto es lo que hacen los políticos, está expuesto a sus consecuencias específicas. [...] El que quiere hacer política, y sobre todo el que quiere hacer política como profesión, debe comprender esa paradoja ética. Debe saber que es responsable de lo que él mismo puede llegar a ser bajo el dominio de esa paradoja. Repito que quien hace política se entrega a las fuerzas diabólicas que rondan en torno a toda violencia.” (Weber, 1989:84-91).

peronismo siempre tuvo “exceso de significados”; este menemismo los ha llevado al paroxismo.”<sup>37</sup>, se quejaba Wainfeld. El gobierno de Menem, y con él la década de 1990, se convirtió en una referencia discursiva automática, vinculada al neoliberalismo, pero sobre todo a la corrupción y el transformismo. Tanto así que hasta un marxista como A. Bonnet (2008) asume esa denominación para definir el período como de *hegemonía menemista*. También es cierto que el verdadero proceso de consolidación del menemismo se da posteriormente a 1991, después del éxito de la “convertibilidad” (Fair, 2007, 2008), y hasta ese entonces, a pesar de las medidas prácticas ya de claro perfil reformista, mantuvo un discurso ambiguo. Discurso que hacía hincapié en el fin de las ideologías, en la unidad nacional y en la virtud del pragmatismo, pero todo atravesado, como su plataforma, de signos orientados hacia las medidas de perfil neoliberal, que también contribuirían a conformar dicha frontera<sup>38</sup>.

Las leyes de reforma del Estado y de emergencia económica supusieron un quiebre cierto - junto con el plan conocido como BB (en referencia a Bunge y Born) y el acercamiento a viejos sectores anti-peronistas - y un golpe a ciertas expectativas que se guardaban con respecto al papel de Carlos Menem. Sin embargo la indefinición resultó un terreno fecundo para ese viraje. No es que esto resultara previsible, pero al menos sí factible. Resultado de ello fue que no existió una gran sangría del PJ como tampoco de votos, que por el contrario tendieron hacia una significativa alza. La faz discursiva no guarda un lugar principal en esto, como sí suponen otras lecturas, pero nos permite menguar ciertas lecturas rupturistas. El ascenso y consolidación del menemismo se dio en un proceso más complejo, y el viraje ‘neoliberal’ se articula a éste, en una seguidilla de hechos que, más allá de condenables, son plausibles de ser explicados y comprendidos con mayor profundidad.

El propio Menem, aunque también Cavallo, se ha esforzado por sostener esa idea, como lo había hecho durante su presidencia, pero en un sentido totalmente opuesto, enmarcado sobre una lógica que supone que él era la garantía de la estabilidad y el orden, renovando la frontera hiperinflacionaria que había explotado en 1989. Y es justamente por eso que hay que matizar y complejizar las visiones en

---

<sup>37</sup> Wainfeld, M., “Ni vergüenza de haber sido ni dolor de ya no ser”. En: *Unidos*, N° 21, mayo de 1990, pág. 17.

<sup>38</sup> Ver la compilación de discursos en Menem, C., *La esperanza y la acción*, Emecé, Bs. As., 1990.

torno al menemismo. Tomando prestada una idea que L. A. Romero (2006:29) utilizó para discutir las visiones en torno a la dictadura inaugurada en 1976 intentaremos dar cierre a esta ponencia haciéndola válida también para el menemismo:

“Juzgar y comprender expresan dos maneras diferentes de enfrentarse con el pasado. La primera es la propia del ciudadano; la segunda, del historiador, o de cualquier otro que lo mire en sede científica. Son dos extremos ideales que en la realidad se conjugan en relaciones diferentes. En el origen de esta reflexión estaba la interrogación acerca de la funcionalidad y eficiencia de esta imagen [...]. Cabe preguntarse que hubiera pasado si en esa construcción de la imagen [...], es decir en el examen de lo que por entonces era el pasado reciente, hubieran puesto una mayor dosis de comprensión. Sin duda, se habría debilitado la imagen demoníaca [...] y sobre todo la de su omnipotencia, aunque más no fuera por mostrar la dimensión casi farsesca de sus errores de apreciación y de ejecución. [...] También el diagnóstico y el pronóstico habrían sido distintos: más realistas acerca de lo que se heredaba y de las posibilidades de modificarlo, y consecuentemente menos optimistas acerca de las posibilidades del nuevo gobierno [...].”

### **Bibliografía**

- Aboy Carlés, G., *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Bs. As, 2001.
- Altamirano, C., “La lucha por la idea: el proyecto de la renovación peronista”. En: Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (comp.), *La Historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004.
- A.A.V.V., *Peronismo y Menemismo*, El Cielo por Asalto, Bs. As., 1995.
- A.A.V.V., “Menemismo: actores, debates y transformaciones”. En: *Argentina reciente. Ideología y política contemporáneas*, N° 2, Bs. As., diciembre 2004.
- Bonnet, A., *La hegemonía menemista*, Prometeo, Bs. As., 1998.
- Borón, Atilio 1995 “El experimento neoliberal de Carlos Saúl Menem”. En: A.A.V.V., *Peronismo y menemismo*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.
- Brachetta, M. T., “*Refundar el peronismo*”. *La revista Unidos y el debate político ideológico en la transición democrática.*, Tesis de Maestría, Mendoza, 2005.
- Camou, A., “Saber técnico y política en los orígenes del menemismo”, en: *Perfiles latinoamericanos*, junio, año/vol. 7, N° 12, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México, 1998.
- Canelo, P., “¿Dónde está el enemigo?: la rearticulación menemista de los clivajes políticos y la disolución del antagonismo social. Argentina, 1989-1995.”, Informe final del concurso: Culturas e identidades en América Latina y el Caribe, Programa Regional de Becas, CLACSO, 2001. En: <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>.
- Castellani, A., “Implementación del modelo neoliberal y restricciones al desarrollo”. En: *Más allá del pensamiento único. Hacia una renovación de las ideas económicas en América Latina y el Caribe*, CLACSO, Bs. As., 2003.
- Castiglioni, F., “Argentina. Política y economía en el menemismo.”. En: *Nueva Sociedad*, Nro. 143, Mayo - Junio 1996.

- Cavarozzi, M. y Grossi, M., “De la reinención democrática al reflujo político y la hiperinflación”, CLACSO, Bs. As., 1989.
- Catterberg, E. y Braun, M., “Las elecciones presidenciales argentinas del 14 de mayo de 1989: la ruta a la normalidad.”. En: *Desarrollo Económico*, Vol. 29, N° 115, Oct.-Dic. 1989.
- Cheresky, I., *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*, Clacso, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2008.
- De Riz, L. y Adrogué, G., “Democracia y elecciones en la Argentina. 1983-1989”, CEDES, Bs. As., 1990.
- Ferrari, M., “Representaciones del personal político de la provincia de Buenos Aires en tiempos de reconstrucción democrática. El peronismo en los albores de la renovación”. XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Tucumán, 19 al 22 de septiembre de 2007.
- Ferrari, M., “Entre la reorganización y la derrota. El Partido Justicialista de la provincia de Buenos Aires, 1982-1983”. *Estudios Sociales*. Universidad Nacional del Litoral, 2009a.
- Ferrari, M., “Los muchachos peronistas” en la provincia de Buenos Aires. Herministas vs. renovadores, 1982-1985”, en Simposio Democracia en América Latina, Pasado y presente, 53° Congreso Internacional de Americanistas, México, 19-23 de julio de 2009b.
- Gervasoni, C., “Del Distribucionismo al Neoliberalismo: Los Cambios en la Coalición Electoral Peronista durante el Gobierno de Menem”, *Latin American Studies Association*, Chicago, September 24-26, 1998. En: <http://lasa.international.pitt.edu/LASA98>.
- Gutiérrez, R., “Desindicalización y cambio organizativo en el peronismo argentino, 1982-1995”, *LASA*, XXI, Chicago, septiembre de 1998. En: [bibliotecavirtual.clacso.org.ar](http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar)
- Ivancich, N. y Barcía, H., *La carpa de Alí Baba. El grupo de los 8 contra la corrupción*, Legasa, Bs. As., 1991.
- Ivancich, N. y Barcía, H., *La traición de Alí Baba*, Baires Edita, Bs. As., 1991.
- Ivancich, N., “La larga marcha: de la institucionalización del PJ hasta la instauración del menemismo”. En: *Argentina reciente. Ideología y política contemporáneas*, N° 2, Bs. As., diciembre 2004.
- Landi, O. y Cavarozzi, M., “Menem: ¿El fin del Peronismo? (Crisis y postransición en la Argentina)”, CEDES, Bs. As., 1991.
- Levitsky, S., *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983- 1999*, Siglo XXI, Bs. As., 2005.
- Mora y Araujo, M., *Ensayo y error*, Planeta, Bs. As., 1991.
- Novaro, M., *Pilotos de tormenta*, Letra Buena, Bs. As., 1994.
- Novaro, M. y Palermo, V., *Política y poder en el gobierno de Menem*, Norma/CLACSO, Bs. As., 1996.
- Nun, José 1995 “Populismo, representación y menemismo”. En: A.A.V.V., *Peronismo y menemismo*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.
- O'Donnell, G., “¿Democracia delegativa?”, papel de trabajo N° 172, Kellogg Institute, marzo, 1992.
- Portantiero, Juan Carlos 1995 “Menemismo y peronismo: continuidad y ruptura”. En: A.A.V.V., *Peronismo y menemismo*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.
- Romero, L. A., “La democracia y la sombra del Proceso”. En: Quiroga, H. y Tcach, C., *Argentina 1976- 2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia.*, Homo Sapiens, Rosario, 2006.
- Sidicaro, R., “Poder político, liberalismo económico y sectores populares, 1989-1995”. En: A.A.V.V., *Peronismo y menemismo*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.
- Sidicaro, R., *Los tres peronismos*, Siglo XXI, Bs. As., 2002.
- Wehner, L., “El neo-populismo de Menem y Fujimori: desde la primera campaña electoral hasta la reelección de 1995.”. En: *Enfoques*, N° 2, 2004.